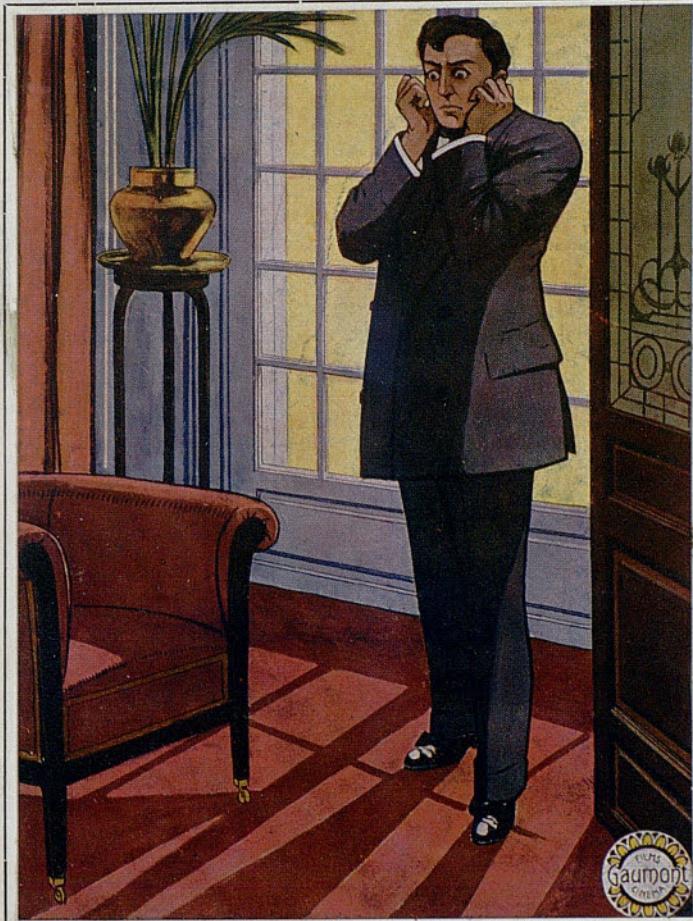


EN LOS UMBRALES DE LA TUMBA



L. Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

TELÉFONO: 2991

Sucursales:

Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375

BILBAO, Colón Larréategui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Los films artísticos Gaumont

EN LOS UMBRALES DE LA TUMBA

(DRAMÁTICA)

CARTEL 2'20 x 1'50 m.

6 Fotografías gran tamaño

Metraje total 627

Metros en virajes 543

Palabra telegráfica:

“ANGOISSE”

Variedad del Programa Gaumont n.º 18 D.

Cinematografía en color Gaumont

N.º 4227

CIENTÍFICA

LOS PULPOS

Largo: 134 m.-Color 100.--Palabra telegráfica: «POULPE»

N.º 4238

PANORÁMICA

EL VALLE DEL VAR

Largo 71 m., Color 68, m.-Palabra telegráfica: «MESCLA»

| Palabra telegráfica | N.º de la película | TÍTULO Y ASUNTO | Metraje total | Metros en virajes | Cartel ó Ampliación | Pág. |
|---------------------|--------------------|---|---------------|-------------------|-------------------------------------|------|
| Foudre | 4239 | Comedia Los efectos de un flechazo | 214 | 188 | Ampliación | 3 |
| Angoisse | 4233 | Dramática En los umbrales de la tumba. | 627 | 543 | 1 cartel 220x150 (6 fotografías) | 9 |
| Zanchante | 4241 | Cómica Minutiyo cantador callejero | 266 | 235 | Cartel | 21 |
| Oneboxe | 4237 | Cómica D. Picorete campeón de boxe | 252 | 177 | Cartel | 24 |
| Kestan | 4246 | Documentaria El Turkestan y sus habitantes | 92 | | | 28 |
| | | ACTUALIDADES Gaumont Actualidades N.º 18 Cuarto Año | | | | |

NOTA.—El metraje indicado para cada película es aproximado.

PROGRAMA 18º

Cinematografía en color

Gaumont

Panorámica

EL VALLE DEL VAR (Alpes Marítimos)

ENTREVAUX Y LAS GARGANTAS DEL MESCLA

El paisaje que representa esta película es uno de los más pintorescos de los Alpes Marítimos. Las gargantas de la Mescla pueden rivalizar con las más célebres gargantas de los Alpes Franceses. Son la continuación natural de las de Daluis y de Cians, bien conocidas por los turistas del mundo entero.

A la belleza salvaje de los lugares que atravesamos viene a añadirse el atractivo del colorido que da tonos de realidad a las cosas, mostrándolas bajo sus aspectos verdaderos.

Antes de emprender el camino hacia las Gargantas del Mescla, presentásemos una vista de ENTREVAUX, pequeña localidad de 1.500 habitantes, situada en los confines de los Bajos Alpes, a 7 Kilómetros de Puget-Théniers.

ENTREVAUX forma una aglomeración de casas rústicas cuyos tejados recubiertos de ladrillos rojos se armonizan agradablemente con los gigantes peñascos que las rodean, y arrojan al paisaje una nota de intenso color.





Los efectos de un flechazo



Comedia

Dos amigos que no se habían visto desde hacía mucho tiempo se encontraron casualmente en un restaurant.

Manifestaciones exuberantes de alegría. Recios apretones de mano. Palmaditas amistosas en la espalda. Luego repaso de los acontecimientos pasados desde que se perdieron de vista.

Mondonguez que así se llamaba uno de ellos, contó a su amigo que se había casado, que poseía una mujercita encantadora, y que por dicha razón veíase obligado a renunciar al placer de prolongar la entrevista, y a dejarle para volar hacia ella que amante le esperaba. Su interlocutor, buen mozo, elegante, con puntas y ribetes de escéptico sonrió indulgente. Le entregó su tarjeta, recibió en justa correspondencia la suya, que metió en el bolsillo y después de darle un último apretón de manos lo vió alejarse y desaparecer entre la multitud que llenaba el establecimiento.

De pronto quedó extático a la vista del más lindo palmito de mujer que fuera dado a un mortal conocer. Era la tal una Miss, pues no procedía sino de la nebulosa Albion aquella beldad de rauda cabellera de oro, ojos azules y tez de nácar, y se hallaba sentada al lado de un personaje de espesos mostachos y cara de pocos amigos, tocado de una gorra a cuadros de un britanismo pronunciado, que debía ser el autor de sus días.

Nuestro pollo era inflamable, a pesar de su escepticismo, y alentado por miradas asesinas no pudo reprimirse, garabateó en un papel una declaración amorosa y dirigiéndose a la puerta de salida, lo puso, al pasar por delante del grupo formado por el inglés y su hija, en las manos de ésta.

Mas el británico que parecía ocupado en extraer enérgicamente de su pipa negra tesoros de nicotina, sorprendió la acción y se apoderó al vuelo de la mano del sobornador de su hija.

Los dos hombres se apostrofaron violentamente. El inglés parecía dispuesto a argumentar con los puños, mas nuestro héroe que en cuestiones de honor no transigía, sacó una tarjeta y se la entregó arrogante.

Dicha tarjeta era la que momentos antes le había entregado su amigo Mondonguez!

El inglés la leyó atentamente, entregó la suya y exclamó gravemente:

—Mañana recibirá usted mis padrinos.

El Barón Metro Aneroide, pues tal era el título de nuestro amigo se

L. Gaumont

inclinó ceremoniosamente y salió, no sin lanzar antes a la rubia beldad una mirada expresiva.

* * *

Acababa Cátulo Mondonguez de sentarse a la mesa y de iniciar con su mujercita íntimo coloquio, cuando la muchacha entró anunciando un



...y vióse en presencia de dos caballeros...

visita. Extrañado de que fueran a molestarle a tal hora se dirigió Cátulo al vestíbulo y vióse en presencia de dos caballeros enfundados en severos levitones negros. A sus preguntas indicáronle el objeto de su visita. Su apadrinado Sir Cassiano Mac-Abey les delegaba para concertar un duelo.

Un duelo? Mondonguez creyó haber oido mal. Pero los padrinos le sacaron de su error mostrándole su propia tarjeta.

Su esposa intervino en esto. Enteróse de como había acaecido el

L. Gaumont

suceso y poseída de una justa indignación se puso precipitadamente el sombrero y salió de la casa, diciendo que no volvería a poner más los pies en ella.

El desdichado repartiendo puñetazos a izquierda y derecha (posición que ocupaban los dos padrinos) se precipitó en seguimiento de su esposa. En cuanto a los agredidos, uno con un ojo cerrado y el otro con la



Luego de restablecerse la calma, pues todos querían hablar a un tiempo...

nariz sensiblemente deprimida, se lanzaron en pos del irascible Mondonguez.

El Barón que iba precisamente en busca de su amigo, vió, atónito, desfilar ante él a la esposa ofendida, a su marido, y a los dos padrinos, en un breve espacio de tiempo. Y aunque no comprendía muy bien de que se trataba tomó asiento en un automóvil y mandó al chauffeur que siguiera a los otros tres en que iban los héroes de esta historia.

Sir Cassiano y su hija, sentados a la mesilla de un café vieron pasar a aquellos automóviles que parecían darse caza. En el distinguieron al Barón, y persuadidos de que aquella caza se relacionaba a algo que les atañía montaron en otro y dieron al chauffeur la orden de seguirlos.

L. Gaumont

Así pues, instantes después cinco trepidantes coches se dirigían a la vertiginosa marcha de sus respectivos H. P. al número 80 de la calle del General Araña, en donde vivía la suegra del infeliz Mondonguez.

Los siete personajes de esta historia, (ya son personajes!) entraron como un vendaval en la habitación de doña Angustias, llenando a la buena señora de espanto.

Luego de restablecerse la calma, pues todos querían hablar a un tiempo y acreditar sus ofensas, se explicó y aclaró el asunto. Sir Cassiano reconoció en el Barón al que había intentado sobornar a su hija, y la esposa de Mondonguez vió con ello, transportada, la prueba de la inocencia de su esposo.

El irascible inglés, al conocer la posición del Barón, su nombre ilustre y las buenas intenciones que le animaban depuso su irascibilidad y consintió en concederle la mano de su hija.

Todo pues, acabó a las mil maravillas. Los únicos que no estaban contentos eran los padrinos. Uno de ellos veía comprometida para siempre la forma de su apéndice nasal, y el otro, guardaba como oro en paño en su semblante, la marca violácea de cinco nudillos.

Pero que era aquello comparado a la alegría de Miss Nora y del Barón, de Cátulo y de su mujercita, así como de la secreta satisfacción de la madre de ésta y del padre de aquella, que viudos ambos y aún bien conservados podían perfectamente emular en su dicha a sus afortunados vecinos?

Nada, indudablemente nada.





LOS PULPOS



Documentaria

Los pulpos que nuestra película estudia en su elemento natural son animales marinos clasificados por los naturalistas entre los moluscos cefalópodos, palabra que quiere decir literalmente: los pies en la cabeza.

Su aspecto es tan extraño como repulsivo: la cabeza, muy gruesa en relación al cuerpo tiene dos ojos grises parecidos a los de los grandes ma-



míferos 8 brazos o tentáculos muy flexibles y ágiles irradian de su cabeza: están provistos de ventosas y gracias a ellas puede el animal adherirse a las rocas y mantener sus presas luego de apoderarse de ellas.

Una membrana potente reúne los brazos. Los pulpos nadan muy rápidamente en el seno del mar. Pueden también avanzar por los fondos marinos por una especie de rastreo singular.

Son temidos carníceros, muy voraces y se alimentan de peces, de crustáceos y moluscos. Los cangrejos comunes, los langostinos o langostas, y otros crustáceos de mayor volumen constituyen su alimento ordinario.

Son astutos y traidores: emboscados en los repliegues de las rocas esperan a que pasen sus víctimas. Así que una de ellas pasa a su proximidad, sus tentáculos se despegan con la rapidez de una flecha, se apoderan de ella y la agarrotan estrechamente, llevándosela luego a su refugio, en

L. Gaumont

donde la devora por medio de las dos mandíbulas córneas que guarnecen su boca.

Muy bien armados para el ataque no lo están menos para la defensa. Tiene al parecer la propiedad de variar a voluntad e instantáneamente el color de su piel y gracias a ello pueden desvanecerse en cierto modo tomando el color de los objetos que le rodean.

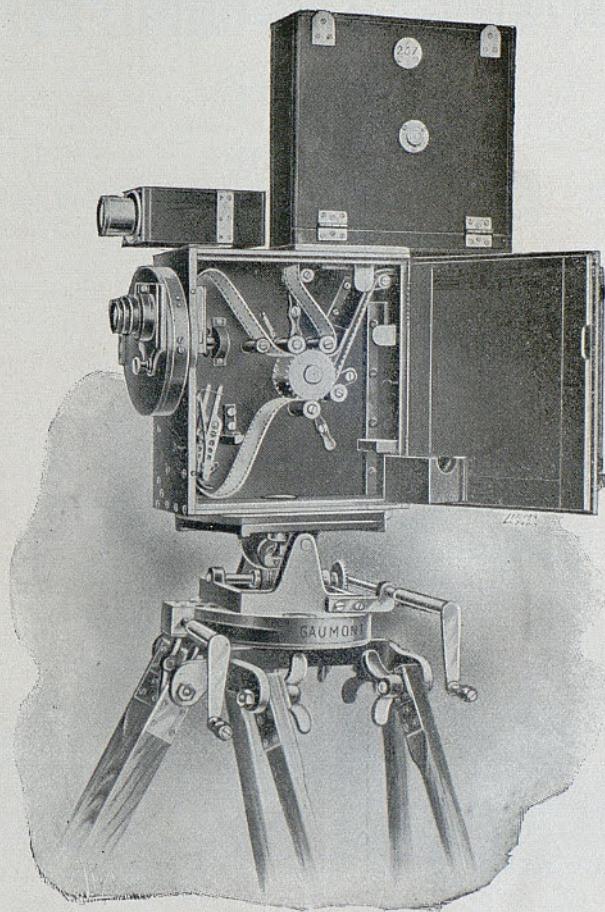
Cuando se ven perseguidos por un enemigo que les parece temible, lo ciegan por la proyección de una tinta negra que enturbia el agua, y merced a la reacción producida se ponen fuera de su alcance.

Encuéntrense pulpos en abundancia en las costas rocosas. En bajar los pescadores provistos de largos corchetes de hierro registran los bajos de las rocas en donde se refugian ordinariamente, y hacen de su carne cebos para la pesca.



Si queréis impresionar buenas cintas, no empleéis más que el

CRONO NEGATIVO GAUMONT

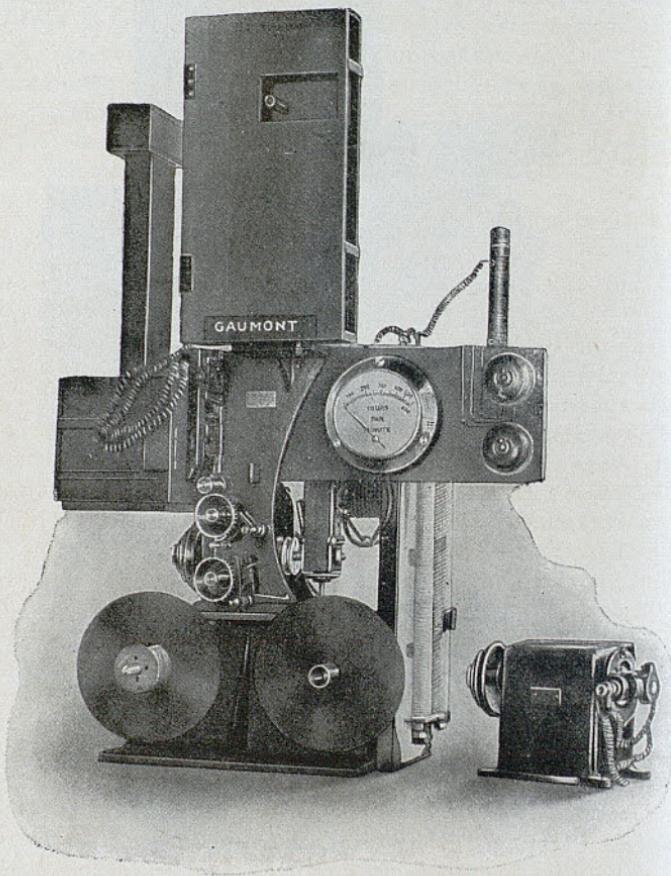


Pídase el presupuesto detallado de nuestro material de

TOMAR VISTAS

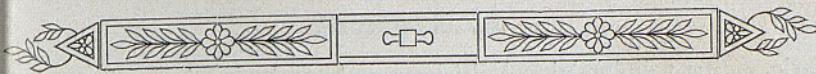


Máquina de tirar positivos, completa,



MODELO GAUMONT





En los umbrales de la tumba

Dramática

REPARTO

| | | | | | | | | |
|-------------------------|---|---|---|---|---|---|---|-----------------------|
| Don Andrés Montijo | . | . | . | . | . | . | . | Señor Manson |
| Sir Horacio Talbot. | . | . | . | . | . | . | . | » Morat |
| Antonio. | . | . | . | . | . | . | . | » Navarre |
| Doña Leonor, de Montijo | . | . | . | . | . | . | . | Srta. Yvette Andreyor |

I

Hermosa, joven, elegante casada con un hombre inmensamente rico que le adoraba y era esclavo de sus menores caprichos, todo parecía sonreír en la vida a doña Leonor de Ansorena.

Sin embargo un mal extraño, de origen nervioso, que su joven y en apariencia sana constitución encubría perfectamente, teniale desde hacía algún tiempo en zozobra y hacía la desesperación de su marido que había apelado sin resultado a todos los medios que su cariño podíale sugerir y su fortuna satisfacer.

Una noche en que los esposos se preparaban para salir, invitados a una brillante reunión de sociedad, acometió a la joven terrible síncope.

El doctor acudió rápidamente al llamamiento del infortunado marido, prodigó a la accidentada los auxilios que su estado requería y la hizo recobrar poco a poco los sentidos.

Don Andrés cojío a parte al doctor y le consultó sobre si debía dejar de asistir aquella noche a la reunión a que habían sido invitados. El médico no se opuso. Aquella distracción no habría de perjudicarle, al contrario: lo único que recomendaba es que hiciera lo posible para evitarle toda emoción violenta...

Las mejillas de doña Leonor habían recobrado entre tanto sus colores y lozanía. El brillo de su mirada daba vida y animación a aquel hercicero rostro, que minutos antes invadía la palidez de cera de la muerte.

Apoyada mimosamente en el brazo de su esposo bajó a la calle. Su soberbio automóvil les esperaba junto a la acera, y en una breve carrera los condujo al domicilio de la Embajada de Inglaterra, en donde tenía lugar la reunión.

En aquellos salones se daban citas personalidades del mundo, lite-

L. Gaumont

rario, militar y diplomático. Bellísimas mujeres lucían ricas toilettes y el raso y la seda de sus trajes, el rosado explendor de sus descotes, el brillo de sus joyas y la magnificencia dorada de los uniformes de los diplomáticos y militares barajaban sus tonos en las oleadas de luces que bañaban los salones.

Mientras la danza en boga, el muelle y voluptuoso tango, monopo-



Mientras la danza en boga, el muelle y voluptuoso tango.,,

lizaba la atención general, hizo doña Leonor un encuentro inesperado que levantó en su pecho un cúmulo de punzantes reminiscencias.

Dicho encuentro tuvo lugar en el saloncillo de lectura a donde doña Leonor fue a refugiarse huyendo del torbellino del baile. Idéntico movimiento hizo al mismo tiempo un joven vestido de impecable frac, de facciones varoniles y tipo arrogante, quien al hallarse en frente de la joven lanzó una exclamación de sorpresa. Doña Leonor lo reconoció, y densamente pálida, le tendió la mano.

Sir Horacio Talbot y doña Leonor habíanse amado y prometido uno a otro años atrás. Mas la codicia y el orgullo de sus respectivas familias los separaron para siempre y sus vidas que hubieron de unirse siguieron destinos diferentes.

L. Gaumont

Su entrevista fue corta. Doña Leonor temerosa, sojuzgada por sus deberes que anteponía a todo, rogó a Sir Talbot que no buscara por segunda vez lo que el azar había concertado inopinadamente, y para que nada existiera ya entre ellos, que el cruel destino había separado irremediablemente, llevara su nobleza de alma a devolver unas cartas que durante su corto sueño de amor le escribiera.



Ruda batalla se trabó entonces en el pecho de la jóven...

Sir Talbot consintió.

Y al día siguiente doña Leonor recibía de él una carta que reavivó su completa congoja.

Querida Leonor: Me marcharé, sí, te lo juro y te devolveré tus queridas cartas... Pero te lo suplico con fervor... Ven tu misma a buscarlas que pueda volverte a ver una vez antes del supremo adiós...—Horacio.

Ruda batalla se trabó dentro del pecho de la jóven. Mas comprendiendo que no podía rehusar aquel supremo consuelo al hombre que había

L. Gaumont

despertado en su corazón los primeros aientos de amor, y confiando tanto en su fortaleza como en el alma noble y generosa de Sir Horacio, se rindió a su deseo y le escribió cuatro líneas dándole cita en su casa para el día siguiente.

* * *

Al día siguiente doña Leonor salió después de almorzar, y tanto para distraer sus pensamientos como para cumplir un deber a que se sujetaba una y en ocasiones dos veces por semana, se fué primero a visitar sus pobres. Una familia pobre que anidaba sus miserias en un caramanchón.



Una familia pobre que cuidaba sus miserias en un caramanchón

chón desnudo, recibió su visita. Mientras el marido, obrero sin trabajo se paseaba malhumorado por la estancia, sentóse a la cabecera de la pobre mujer, abatida por la enfermedad y las privaciones, y después de prodigarle consuelos y atenciones, puso en su mano unas monedas, que habían de aliviar sensiblemente su situación.

Al irse, obsesa por la imagen de la persona con quien debía de encontrarse momentos después, dejó sobre la cama de la enferma su madero de oro.

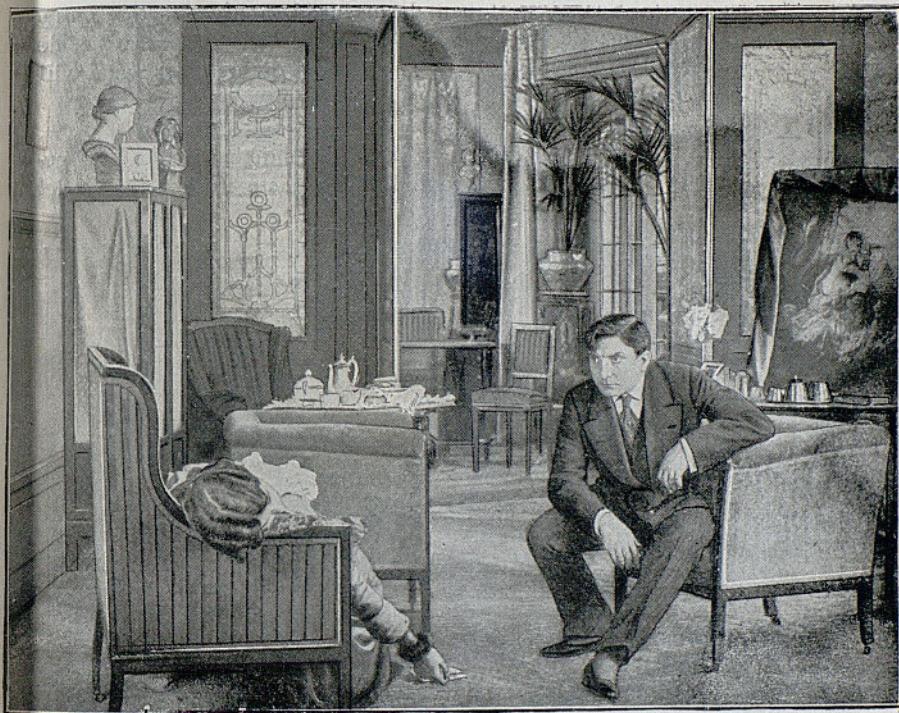
Antonio, el marido, notó el olvido instantes después de marcharse la caritativa señora. Recojió el objeto y bajó rápido las escaleras con ánimo

L. Gaumont

de devolvérselo. Este primer movimiento fue indudablemente sincero. Mas al ver que aquella había desaparecido, y pensando que el valor de aquel objeto podía sacarle de muchos apuros se lo metió bonitamente en el bolsillo y se fue en busca de un joyero que pudiera comprárselo.

* * *

Doña Leonor llegó a la casa de Sir Talbot. Este había despedido a su único criado, a fin de que nadie pudiera ser testigo de la llegada de la joven y fué el mismo a abrirle la puerta.



Sir Horacio, frente al cuerpo inanimado de Leonor, sintió zozobrar su razón

Después de besarle la mano respetuosamente la condujo hasta el salón. La hizo sentar, le ayudó a despojarse de su sombrero y de su velillo... luego, poseido del vértigo, cayó a sus pies e intentó apoderarse de sus manos...

Aquella que se creyó bastante fuerte para afrontar el peligro sintió que su valor le abandonaba. La voz, antes tan amada, hablaba con tanta elocuencia, sus ademanes eran tan acariciadores, que se sintió desfalle-

L. Gaumont

cer... Más sobreponiéndose a su emoción, a costa de un gran esfuerzo, se levantó rápidamente de su asiento y con voz bronca, casi indignada, pidió sus cartas.

Sir Horacio, avergonzado de su arrebato, corrió al gabinete contiguo en busca de las cartas. Iba a abrir el secreter en donde se hallaban cuando un grito agudo, estridente, clamor supremo de agonía, desgarró trágico el silencio de la casa...

Corrió como un loco al saloncillo y vió tendida en el suelo, rígido y crispado, el cuerpo de doña Leonor. Inclinóse sobre ella, mudo de espanto y levantó su cabeza. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, fijos y sin brillo. Una palidez de muerte invadía sus facciones... Extraviado de dolor, apoyó Sir Horacio su oido contra el pecho de la mujer amada. El corazón no latía. Estaba muerta!

* * *

Mientras tanto un comerciante a quien Antonio había ido a proponer la compra del monedero, sorprendido del aspecto mísero y raído del



Conducido a la Delegación próxima, el Delegado le interrogó...

vendedor y persuadido de que tenía delante a un ladrón, llamó a un agente de la autoridad y lo mandó prender.

L. Gaumont

Conducido hasta la Delegación más próxima, el Delegado le interrogó sobre la procedencia del monedero. Antonio confesó la verdad, más pareciendo esta sospechosa al Delegado, telefoneó al marido de doña Leonor, cuyo nombre y señas halló dentro del monedero, y le rogó que acudiera al instante.

Don Andrés, a quien la prolongada ausencia de su esposa iba inquietando por grados, recibió la comunicación, que convirtió su extrañeza en angustia. Asaltado por los peores presentimientos se dirigió a la Delegación.

El tiempo pasaba fugaz. En su casa Sir Horacio, frente al cuerpo inanimado, yerto ya, de doña Leonor sentía zozobrar su razón. Qué haría? Avisar a la policía? Esta solución significaba el escándalo la autopsia del cadáver, el nombre de Leonor arrastrado por los periódicos y arrojado como pasto a la malsana curiosidad del público. El escándalo que empañaría para siempre el nombre de la mujer amada y respetada...

Lo que precisaba, ante la muerte implacable, era salvar el honor de la muerta! Fue esta idea la que acabó por prevalecer en su cerebro atrózmente torturado. Salvar el honor de la muerta... De la mujer que había amado y respetado por encima de todo... Pero cómo conseguirlo?

Ocurriósele de pronto una idea atroz, extrema, como solo un cerebro delirante podía concebir y ejecutar.

Detrás del chalet se extendía un jardín solitario: la noche era oscura... En una fosa que abriría en la tierra enterraría piadosamente a la joven. Nadie sabría de este modo lo que había sido de doña Leonor, y él, casi retirado del mundo, podría acabar allí, al borde de aquella tumba anónima su triste vida truncada.

Por loca que fuera esta idea se arraigó de tal modo en su mente que sin buscar otra dirigióse a un cuartucho situado al extremo del jardín en donde sabía encontrar las herramientas necesarias para llevar a cabo su fúnebre trabajo. Las encontró en efecto y con ellas al hombro cruzó el jardín y detuvose al pie de un árbol. Enjugándose el sudor helado que corría por su frente hincó el pico en la tierra... Y sin descanso, loco, dió principio a su horrible tarea...

El Delegado ponía, entretanto, a don Andrés frente al detenido. El desdichado esposo, asaltado por una sospecha terrible, se dirigió a Antonio gritándole, fuera de sí: —La has matado miserable, para robarla... Dime... donde está...? que has hecho de ella? —Antonio, horrorizado protestó con todas sus fuerzas de tal acusación. Confirmó su declaración anterior y juró que solo conocía a doña Leonor de haberla visto en su casa, a donde había ido para aliviarles de su miseria.

Arrastráronle a un calabozo y don Andrés, loco de dolor, regresó a su domicilio.

L. Gaumont

El trabajo de Sir Talbot tocaba a su fin: el lecho fúnebre socavado y regado por sus lágrimas era profundísimo.

Pronto despuntaría el día. Era preciso que todo quedara terminado antes de que el sol apareciera. Tiró al suelo sus herramientas y bamboleante, sintiendo que las fuerzas le abandonaban volvió al saloncillo en donde se hallaba tendido el cuerpo yerto, sin vida de doña Leonor...

No. Doña Leonor no se hallaba tendida en el suelo, a donde el sín-



cope había derribado. Había recobrado sus sentidos, poco a poco, reanimada por la frescura de la noche que penetraba por la puerta del jardín entreabierta.

La joven se levantó penosamente y miro en torno suyo tratando de penetrar las sombras que obscurecían aún su cerebro... Lentamente sus

L. Gaumont

ideas tomaron cuerpo... Se acordó de pronto porqué se hallaba en aquel lugar y trémula, desfallecida recorrió la estancia... En esto resonó detrás de ella un grito de estupor infinito.

Sir Talbot resistiéndose a creer lo que sus ojos, atónitos, veían, hallábase apoyado junto al cuadro de la puerta y contemplaba a la resucitada...

Bañadas sus sienes de sudor helado se acercó a ella. Mas la joven le rechazó, casi duramente. Solo exigía un poco de ayuda para ponerse el sombrero y el manto y para huir de allí, con las cartas, que habían estado a punto de costarle el ser enterrada viva...

Felizmente ignoraba la joven a que expediente había decidido recurrir Sir Horacio en su alocamiento y su desesperación para esconder a todos, no su falta, sino su imprudencia.

Apoyado en su brazo, pues se sentía aun muy débil, salió a la calle, y tomó un automóvil que le condujo tras de breve carrera a su domicilio.

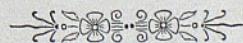
* * *

Se paseaba don Andrés desesperado por el vestíbulo de su casa, sin saber que partido tomar, cuando se abrió la puerta y apareció su esposa. Loco de alegría se abalanzó a ella y le apretujó en sus brazos, mezclando con las suyas sus lágrimas de ternura.

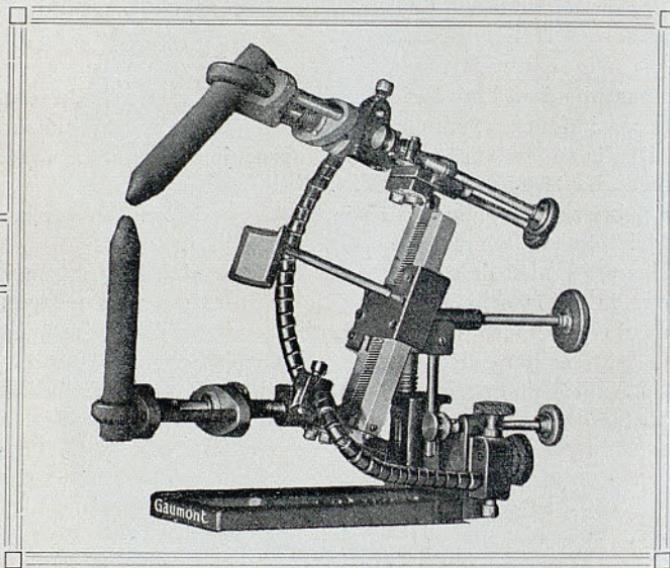
La pobre madre pidió a su hija, y así que la tuvo en sus brazos besóla y acaricióla con una especie de frenesí furioso.

A las preguntas de su marido tuvo que mal hilvanar una historia. Un síncope la había acometido cuando se paseaba por el parque, por un sitio apartado y de poco tránsito... La humedad de la noche le había devuelto sus sentidos horas después...

Don Andrés no queriendo torturarle más tiempo con el relato de su triste mal, tapó su boca, cariñoso, evitándole la pena de terminarlo...



Para trabajar a 100 amperes
con corriente alterna
pida el nuevo arco



Gaumont



Minutiyo cantor ambulante



Cómica

Reveses de fortuna—quiebras bancarias, bajas de valores, etc.—habían reducido a Minutiyo a la artística condición de cantor callejero. Con

«El Esgalichao» un personaje esquelético y estrañalario que no había usurpado ciertamente su remosquete, recorría nuestro diminuto amigo calles y callejas cantando sentimentales baladas, entre las cuales descollaba por su sentimentalismo la conocida:



Serafina la rubiales
es una chica muy fina
Serafina
Serafina
etc., etc.

Estas baladas producían a nuestros dos socios pingües beneficios, que no son, como pudiera creer algún lector incoherente, provechos resultantes de la caza de pingüinos.

Mas de estos beneficios no llegaba ni la más ligera partícula a Minutiyo. Su compañero aunque sustentaba ideas avanzadísimas consideraba que el reparto de bienes era una «auptosia» (utopía quería decir

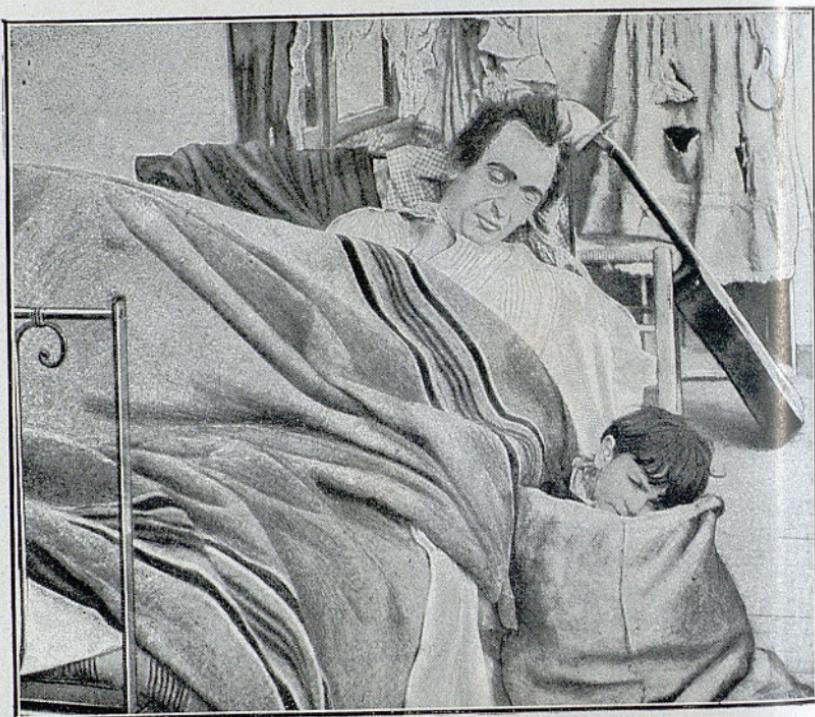
indudablemente) así es que al acabar la jornada recibía, por todo premio un mendorugo de pan duro como un pedrusco y un vaso de agua pura y cristalina.

¡Siempre la eterna historia del pez grande que se merienda al más chico!..

Pero Minutiyo no era hombre (?) que se dejara explotar mucho tiempo y una noche que debía de ser estrellada y serena, aunque no lo aseguramos, rompió el contrato de asociación y se «tiró de pies» con rumbo a lo incierto y lo desconocido.

L. Gaumont

No pudo disfrutar por mucho tiempo de su libertad. Al volver una esquina tropezó con dos caballeros de rompe y rasga «Pepe el Sosegao» y «Curro Malaje» para más señas, y bien a despecho suyo vióse obligado a seguirlos hasta una taberna próxima, centro de recreo concurrido por la



y una noche rompió el contrato de asociación...

«elite» de la gente de bronce, titulada alegóricamente «El Apaga y Vámonos». Daban un baile y un «tocaor» de la valía de Minutiyo había de prestarle mayor realce y brillantez.

Minutiyo resignado tocó su repertorio, y a los acordes de su guitarra bailaron hasta hallarse rendido los socios y las «socias» del distinguido centro.

Acabado el baile los dignos hampones se sentaron a las mesas y ante buenos jarros de tinto pusieronse a hablar de negocios. Minutiyo, todo oídos, sorprendió entonces un atrevido plan para robar una casa, y aprovechando el que nadie reparaba ya en su presencia, se escondió en una gran cesta de mimbre que se hallaba a proximidad de los bebedores, y que había de servirles para llevar a cabo el robo. Aquellos truhanes proyectaban en

L. Gaumont

efecto desvalijar un hotelito cuyos propietarios dormían en las habitaciones traseras, y encerrar el botín en aquella cesta.

Así que se echaron al coleto las rondas necesarias para darse los alientos que una empresa tan espinosa como la que iban a emprender, exigía, cargaron con la canasta y su habitante provisional y se encaminaron al Hotelito, sito en una calleja obscura y de poco tránsito.

La primera parte de su plan se llevó a cabo sin dificultad alguna. Los ladrones fracturaron las ventanas de la casa y entraron en ella con la canasta.

Mas no bien se disponían a abrir ésta para colocar los diversos objetos con que habían ya arramblado, cuando una voz extraña que parecía salir de la tierra los hizo detenerse, paralizados por el terror.

La voz se hizo más fuerte, y a ella se mezclaron acordes apagados de un instrumento extraño.

Los ladrones poseidos de un pánico insuperable se precipitaron por la ventana a la calle y desaparecieron por ésta, alocados.

Su fuga sembró la alarma en el hotel. Sus propietarios, los esposos



En breves y elocuentes palabras narró su odisea

L. Gaumont

Corchetez, seguidos de su criada penetraron en el gabinete de donde había partido el ruido, armados hasta los dientes. Vieron la ventana abierta, objetos por el suelo, muebles en desorden y una gran cesta. Iban a abrirla cuando retrocedieron, atónitos. De ella parecía salir una voz celeste, dulce, fina, melodiosa. Hizose más fuerte, y no tardó en acompañarla los sones armoniosos de una guitarra.

Pasado el primer instante de estupor Corchetez apuntó con el revólver el cesto y gritó con voz tonante:—Sal de ahí, espectro o lo que seas, o te levanto la tapa de los sesos!—Minutiyo juzgó más conveniente levantar la tapa de la cesta que otra cualquier tapa y provisto de una bandera blanca, de paz y de concordia, apareció a los ojos atónitos de los moradores de la casa.

En breves y elocuentes palabras narró su odisea. Los esposos admirados y enterneados de su valerosa conducta lo agasajaron y prodigaron mimos y caricias.

Y como la providencia no les había dotado de ningún hijo, adoptaron como tal a Minutiyo, el cual conoció desde aquel día una existencia fastuosa como nunca soñara.



Don Picorete campeón de Boxe



Cómica

Cusurrez, propietario de un Bazar de Novedades Prehistóricas comentaba en un corrillo de amigos un suelto aparecido en el diario, que decía así:

«Anúnciase un match sensacional entre nuestros compatriotas Pepin Illo y el tremebundo Bill Bocket apodado «El Energúmeno del Illinois» quien como todo el mundo recuerda dejó knock out perdido de un magistral swing en el plenilunio al campeón del mundo de toboggan Setty Mesino.

»El match será de 85 rounds, con guantes de cabritilla de 18 quilates».

Cusurrez era un sportman furibundo, mecenas de boxeadores, luchadores y otra gente de tan evangélicas costumbres. Cultivaba la amistad de Pepin Illo y la noticia de que iba a contender con uno de los más afamados pugilistas yankees le llenaba de patriótico entusiasmo.

L. Gaumont

Poseido de este entusiasmo regresó a su tienda. Pero el espectáculo que presenció al entrar en ésta lo apagó instantáneamente. Talia, su hija única y predilecta en amorosa conversación con su dependiente! Un personaje cuya condición social al par que su raquitismo avanzado inspirábanle una commiseración contigua al menosprecio!

Poseido de la indignación más justa y legítima envió a rodar por el suelo a su dependiente de un puntapié aplicado en el punto culminante, hecho lo cual dirigió a su hija un responso, adjurándola severamente a renunciar al amor de un ser tan vilipendioso y raquíctico como su dependiente.—Solo te casarás hija mía—terminó diciendo—con un boxeador de reconocida ferocidad que haya ceñido los laureles del triunfo.

Don Picorete, pues como habrá adivinado el lector era él el dependiente raquíctico y vilipendioso, suspiró profundamente. Amaba con firme querer a Talia y el renunciar a ella le dolía tanto como el puntapié que momentos antes le propinara Don Favio.

* * *

Al día siguiente Cuscurrez experimentó cruel desengaño. Su amigo Pepin Illo, le telegrafiaba:

Explosión alegría llevóseme ambos brazos. Este enojooso incidente impideme Boxear resto de mis días. Dejo noble arte y dedícome amaestramiento lombrices solitarias.

—¡Maldición! —gritó.—¿Quién me sacará de este aprieto!

Tenía invertido casi todo su capital en apuestas contra Bill Bocket. Y he aquí que a última hora su campeón, el único que podía batir el invencible yankee, quedaba eliminado por un estúpido accidente!

Hizo ante sus amigos un juramento:—Que me convierta en un Puzzle de 5.000 piezas—dijo—si no doy la mano de mi hija a quien salve la situación.

Talia oyó estas palabras y corrió a comunicárselas a D. Picorete.
—Si me amas—acabó diciendo—sé campeón...

—¡Campeón! ¡Campeón!—D. Picorete se rascó suavemente el occipucio. Su amor era muy grande, pero su miedo y su insuficiencia física eran aún mayores.

Sin embargo sacando fuerzas de flaqueza se fué aquella misma tarde a un Gimnasio, en donde un ex-campeón famoso, agobiado bajo el peso de los años, gotsoso y miope, le enseñó en pocas lecciones el noble arte, administrándole jabs, cross, upper-cuts y swings suficientes para llenar un Diccionario de Voces Bárbaras.

Don Picorete salió de allí hecho una lástima y persuadido de que ni Cúchares ni Redondo llegaron a consumar nunca como él lo había hecho la suerte de recibir.

L. Gaumont

Llegó el día del Match. Pocas horas antes de celebrarse éste, leyendo *Talia* los periódicos de la mañana, encontró el siguiente suelto:



Durante el primer round, machacó el rostro de don Picorete

El profesor A.C.T. de Ricino acaba de poner a la venta sus comprimidos de hidrógeno los cuales permiten hinchar instantáneamente los globos. Son del volumen de los sellos farmacéuticos...

Una idea infernal cruzó por su mente. Adquirió dos de aquellos comprimidos en una farmacia y se los envió al rival de D. Picorete con esta misiva:

Si quiere U. vencer y exterminar a su adversario, disimule antes del match dentro de cada uno de sus guantes estos dos comprimidos.—Una admiradora.

Bill Bocket siguió puntualmente las indicaciones de su anónima admiradora.

Durante el primer round machacó concienzudamente el rostro de D. Picorete y lo envió a tierra un centenar de veces. Pero al segundo round sus guantes comenzaron a hincharse (las narices de su adversario ya lo estaban desde hace largo rato) y pronto perdió su dirección. Sus gol-

L. Gaumont

pes, sin precisión ninguna se perdían en el vacío y D. Picorete aprovechaba esto para golpearle a mansalva allí donde tenía por conveniente.

Al tercer round los espectadores experimentaron la sensación infinita de que Bill Bocket se iba. En efecto sus pies habían dejado ya el «ring» y todo hacía prever que D. Picorete se vería bien pronto obligado a subirse a una silla para dar un destino hábil a sus puñetazos.

Acabó el tercer round y después del descanso reglamentario sonó el «gong» para dar comienzo al cuarto. Bill Bocket continuaba en las alturas disfrutando de aires más sanos, y no se dignó bajar de ellas para ponerse en guardia.

En vista de lo cual el árbitro se apoderó con galantería suma de la mano de D. Picorete y lo anunció al público como campeón del mundo e islas adyacentes, declarando a su adversario knock out inconfesable y mártir.

Don Picorete se casó con Talia, y ambos fueron muy dichosos.

Talia para cual, que dijo el filósofo...





El Turkestan y sus habitantes



Documentaria

El Turkestan es una región del Asia comprendida entre la Siberia, el Afganistán y el mar Caspio. Por la carencia de agua es su suelo inculto, y lo cubren inmensas estepas de muy poca población. En algunos sitios están completamente deshabitadas. La población se apiña a lo largo de los ríos, notablemente en los valles del Sir-Daria y del Amu-Daria, cuya suelo es de una fertilidad prodigiosa.

Esta película nos transporta primero a Merv, ciudad de 20.000 habitantes y al ferrocarril transcaspiano. Es un mercado importante de trigo, arroz y sorgo.

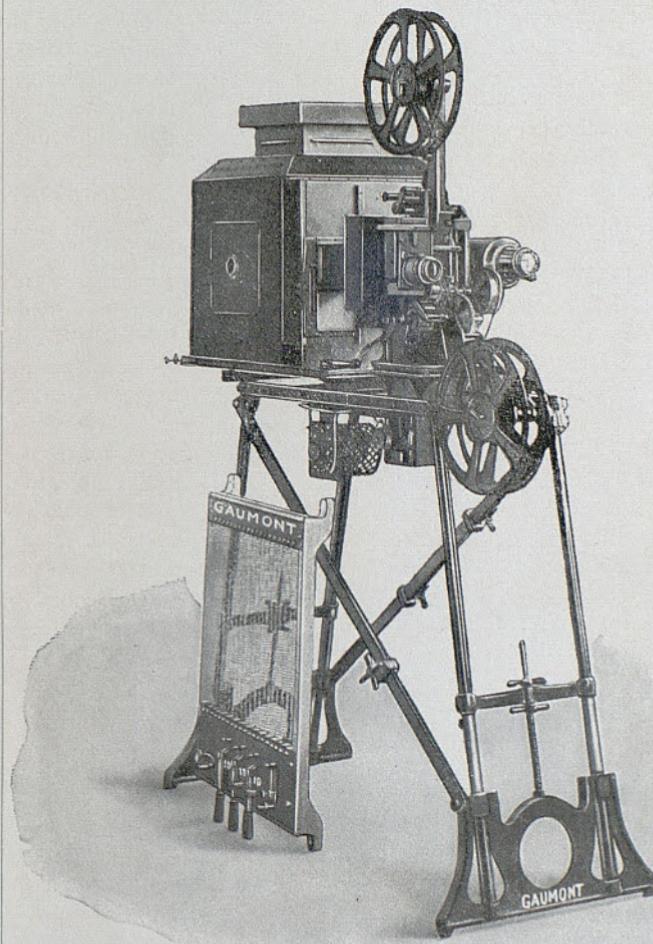
Los Sartas que se dedican al comercio y a la industria en las ciudades y a la agricultura en los campos, constituyen el elemento sedentario de la población, mientras que los Kirghizs, pueblo de raza tártara, vive la mayor parte de ellos en tribus nómadas en la inmensa estepa que lleva su nombre. Varias vistas sucesivas nos presentan algunos tipos característicos de estos dos elementos étnicos.

SAMARCANDA, la antigua capital de Tamerlan y que cuenta actualmente 42.000 almas nos muestra su célebre mezquita de Ulugh-Bey, elevada a la memoria de este Sultán, sabio astrónomo, asesinado por orden de su hijo en 1449.

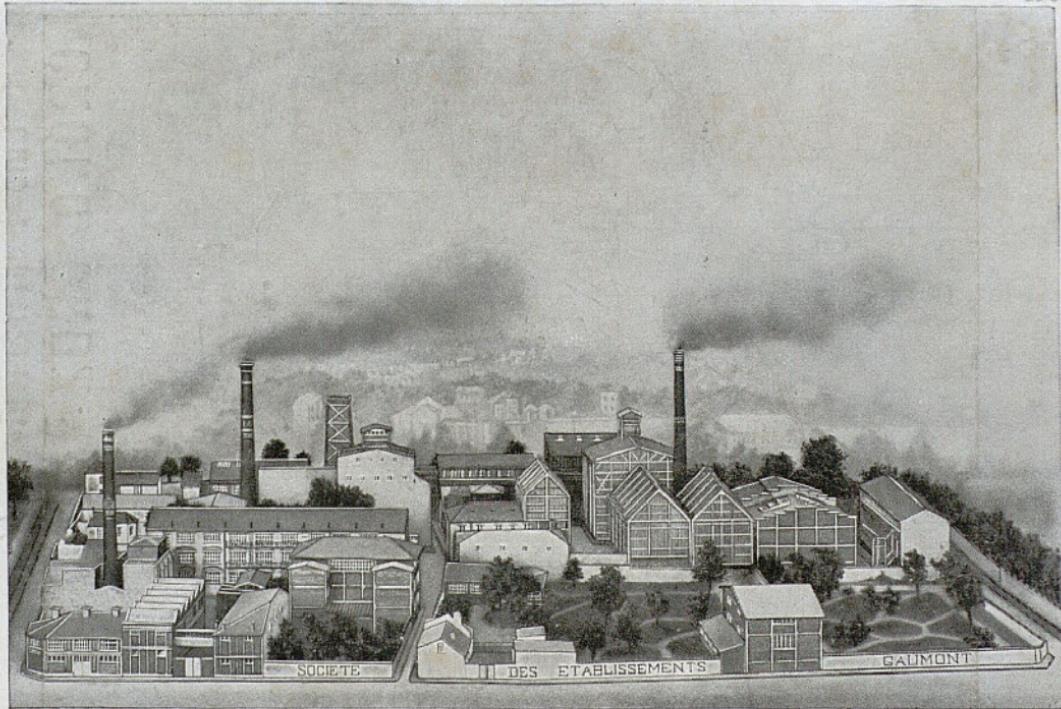
Algunas vistas del puerto de Krasnovodsk situado sobre la orilla oriental del mar Caspio terminan esta película del mayor interés desde los puntos de vista geográfico y etnológico.



Modelo de una instalación cinematográfica
Gaumont enteramente metálica con
CRONO CRUZ DE MALTA

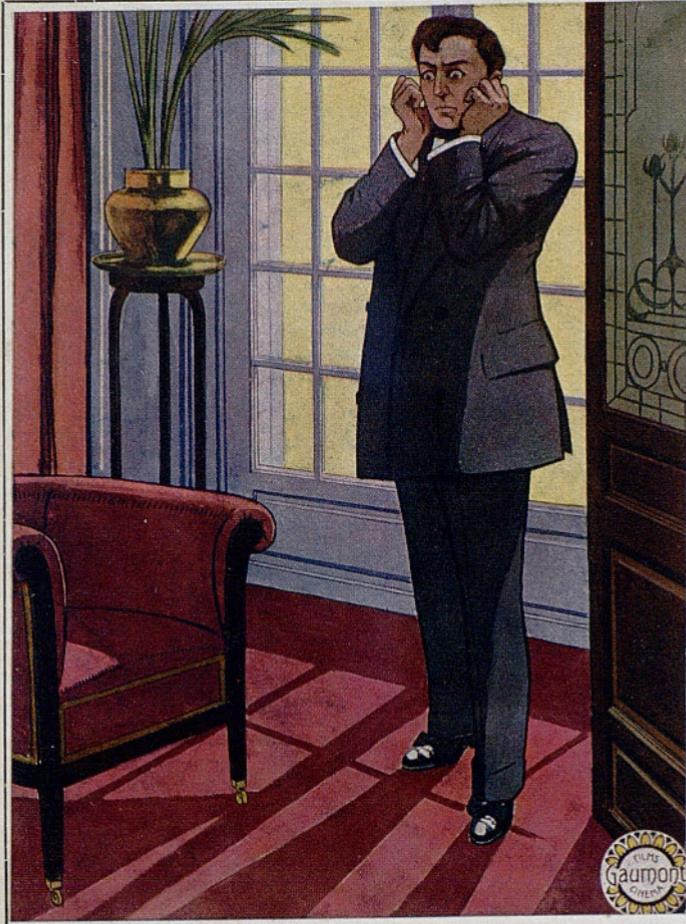


para proyecciones animadas y fijas



Vista de los talleres de la Sté. des Etablissements Gaumont de Paris

EN LOS UMBRALES DE LA TUMBA



L·Gaumont

66, Paseo de Gracia.-BARCELONA

Dirección telegráfica y telefónica

CRONO

TELÉFONO: 2991

Sucursales: Madrid, Fúcar, 22 pral. Dirección telegráfica: CRONO Teléfono, 3375

BILBAO, Colón Larreátegui, 15 y 17 Dirección telegráfica: CRONO. Teléf. 1490

Los films artísticos Gaumont

EN LOS UMBRALES DE LA TUMBA

(DRAMÁTICA)

CARTEL 2'20 x 1'50 m.

6 Fotografías gran tamaño

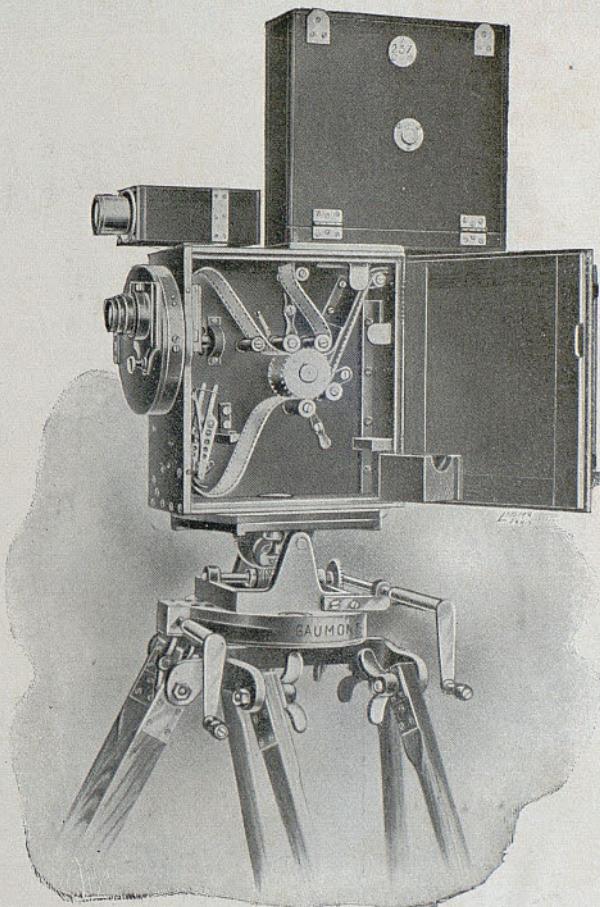
Metraje total 627

Metros en virajes 543

Palabra telegráfica:

“ANGOISSE”

Si queréis impresionar buenas cintas, no empleéis más que el
CRONO NEGATIVO GAUMONT

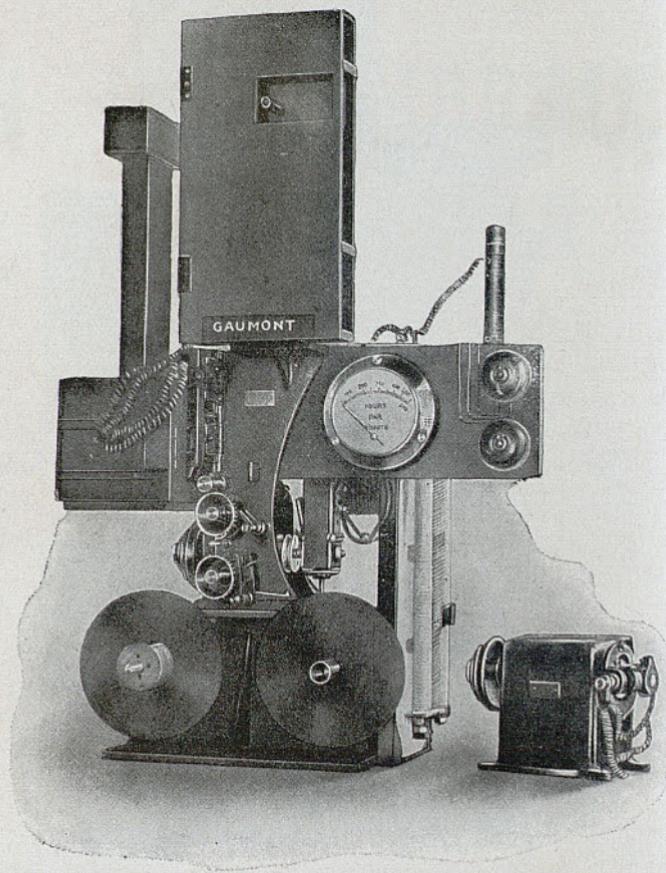


Pídase el presupuesto detallado de nuestro material de
TOMAR VISTAS

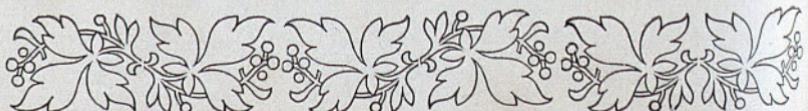


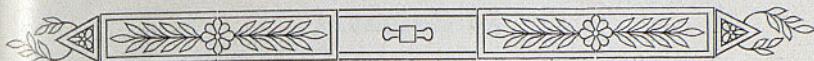


Máquina de tirar positivos, completa,



MODELO GAUMONT





En los umbrales de la tumba

Dramática

REPARTO

| | | | | | | | |
|-------------------------|---|---|---|---|---|---|-----------------------|
| Don Andrés Montijo | . | . | . | . | . | . | Señor Manson |
| Sir Horacio Talbot. | . | . | . | . | . | . | » Morat |
| Antonio. | . | . | . | . | . | . | » Navarre |
| Doña Leonor, de Montijo | . | . | . | . | . | . | Srta. Yvette Andreyor |

I

Hermosa, joven, elegante casada con un hombre inmensamente rico que le adoraba y era esclavo de sus menores caprichos, todo parecía sonreír en la vida a doña Leonor de Ansorena.

Sin embargo un mal extraño, de origen nervioso, que su joven y en apariencia sana constitución encubría perfectamente, teníale desde hacía algún tiempo en zozobra y hacía la desesperación de su marido que había apelado sin resultado a todos los medios que su cariño podíale sugerir y su fortuna satisfacer.

Una noche en que los esposos se preparaban para salir, invitados a una brillante reunión de sociedad, acometió a la joven terrible síncope.

El doctor acudió rápidamente al llamamiento del infortunado marido, prodigó a la accidentada los auxilios que su estado requería y la hizo recobrar poco a poco los sentidos.

Don Andrés cojío a parte al doctor y le consultó sobre si debía dejar de asistir aquella noche a la reunión a que habían sido invitados. El médico no se opuso. Aquella distracción no había de perjudicarle, al contrario: lo único que recomendaba es que hiciera lo posible para evitarle toda emoción violenta...

Las mejillas de doña Leonor habían recobrado entre tanto sus colores y lozanía. El brillo de su mirada daba vida y animación a aquel hechicero rostro, que minutos antes invadía la palidez de cera de la muerte.

Apoyada mimosamente en el brazo de su esposo bajó a la calle. Su soberbio automóvil les esperaba junto a la acera, y en una breve carrera los condujo al domicilio de la Embajada de Inglaterra, en donde tenía lugar la reunión.

En aquellos salones se daban citas personalidades del mundo, lite-

L. Gaumont

rario, militar y diplomático. Bellísimas mujeres lucían ricas toilettes y el raso y la seda de sus trajes, el rosado explendor de sus descotes, el brillo de sus joyas y la magnificencia dorada de los uniformes de los diplomáticos y militares barajaban sus tonos en las oleadas de luces que bañaban los salones.

Mientras la danza en boga, el muelle y voluptuoso tango, monopo-



Mientras la danza en boga, el muelle y voluptuoso tango...

lizaba la atención general, hizo doña Leonor un encuentro inesperado que levantó en su pecho un cúmulo de punzantes reminiscencias.

Dicho encuentro tuvo lugar en el saloncillo de lectura a donde doña Leonor fue a refugiarse huyendo del torbellino del baile. Idéntico movimiento hizo al mismo tiempo un joven vestido de impecable frac, de facciones varoniles y tipo arrogante, quien al hallarse en frente de la joven lanzó una exclamación de sorpresa. Doña Leonor lo reconoció, y densamente pálida, le tendió la mano.

Sir Horacio Talbot y doña Leonor habíanse amado y prometido uno a otro años atrás. Mas la codicia y el orgullo de sus respectivas familias los separaron para siempre y sus vidas que hubieron de unirse siguieron destinos diferentes.

L. Gaumont

Su entrevista fue corta. Doña Leonor temerosa, sojuzgada por sus deberes que anteponía a todo, rogó a Sir Talbot que no buscara por segunda vez lo que el azar había concertado inopinadamente, y para que nada existiera ya entre ellos, que el cruel destino había separado irremediablemente, llevara su nobleza de alma a devolver unas cartas que durante su corto sueño de amor le escribiera.



Ruda batalla se trabó entonces en el pecho de la jóven...

Sir Talbot consintió.

Y al día siguiente doña Leonor recibía de él una carta que revivió su completa congoja.

Querida Leonor: Me marcharé, sí, te lo juro y te devolveré tus queridas cartas... Pero te lo suplico con fervor... Ven tu misma a buscarlas que pueda volverte a ver una vez antes del supremo adiós... —Horacio.

Ruda batalla se trabó dentro del pecho de la jóven. Mas comprendiendo que no podía rehusar aquel supremo consuelo al hombre que había

L. Gaumont

despertado en su corazón los primeros alientos de amor, y confiando tanto en su fortaleza como en el alma noble y generosa de Sir Horacio, se rindió a su deseo y le escribió cuatro líneas dándole cita en su casa para el día siguiente.

* * *

Al día siguiente doña Leonor salió después de almorzar, y tanto para distraer sus pensamientos como para cumplir un deber a que se sujetaba una y en ocasiones dos veces por semana, se fué primero a visitar sus pobres. Una familia pobre que anidaba sus miserias en un caraman-



Una familia pobre que cuidaba sus miserias en un caramanchón

chón desnudo, recibió su visita. Mientras el marido, obrero sin trabajo se paseaba malhumorado por la estancia, sentóse a la cabecera de la pobre mujer, abatida por la enfermedad y las privaciones, y después de prodigarle consuelos y atenciones, puso en su mano unas monedas, que habían de aliviar sensiblemente su situación.

Al irse, obsesa por la imagen de la persona con quien debía de encontrarse momentos después, dejó sobre la cama de la enferma su monedero de oro.

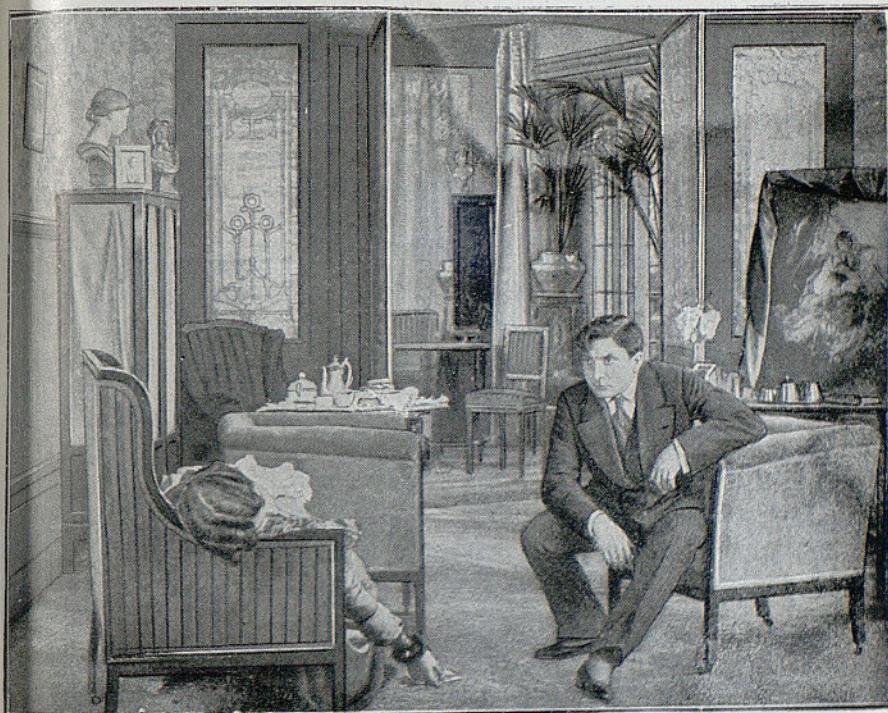
Antonio, el marido, notó el olvido instantes después de marcharse la caritativa señora. Recojió el objeto y bajó rápido las escaleras con ánimo

L. Gaumont

de devolvérselo. Este primer movimiento fue indudablemente sincero. Mas al ver que aquella había desaparecido, y pensando que el valor de aquel objeto podía sacarle de muchos apuros se lo metió bonitamente en el bolsillo y se fue en busca de un joyero que pudiera comprárselo.

* * *

Doña Leonor llegó a la casa de Sir Talbot. Este había despedido a su único criado, a fin de que nadie pudiera ser testigo de la llegada de la joven y fué el mismo a abrirle la puerta.



Sir Horacio, frente al cuerpo inanimado de Leonor, sintió zozobrar su razón

Después de besarle la mano respetuosamente la condujo hasta el salóncillo. La hizo sentar, le ayudó a despojarse de su sombrero y de su velillo... luego, poseido del vértigo, cayó a sus pies e intentó apoderarse de sus manos...

Aquella que se creyó bastante fuerte para afrontar el peligro sintió que su valor le abandonaba. La voz, antes tan amada, hablaba con tanta elocuencia, sus ademanes eran tan acariciadores, que se sintió desfalle-

L. Gaumont

cer... Más sobreponiéndose a su emoción, a costa de un gran esfuerzo, se levantó rápidamente de su asiento y con voz bronca, casi indignada, pidió sus cartas.

Sir Horacio, avergonzado de su arrebato, corrió al gabinete contiguo en busca de las cartas. Iba a abrir el secreter en donde se hallaban cuando un grito agudo, estridente, clamor supremo de agonía, desgarro trágico el silencio de la casa...

Corrió como un loco al salóncillo y vió tendida en el suelo, rígido y crispado, el cuerpo de doña Leonor. Inclinóse sobre ella, mudo de espanto y levantó su cabeza. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, fijos y sin brillo. Una palidez de muerte invadía sus facciones... Extraviado de dolor, apoyó Sir Horacio su oido contra el pecho de la mujer amada. El corazón no latía. Estaba muerta!

* * *

Mientras tanto un comerciante a quien Antonio había ido a proponer la compra del monedero, sorprendido del aspecto mísero y raído del



Conducido a la Delegación próxima, el Delegado le interrogó...

vendedor y persuadido de que tenía delante a un ladrón, llamó a un agente de la autoridad y lo mandó prender.

L. Gaumont

Conducido hasta la Delegación más próxima, el Delegado le interrogó sobre la procedencia del monedero. Antonio confesó la verdad, más pareciendo esta, sospechosa al Delegado, telefoneó al marido de doña Leonor, cuyo nombre y señas halló dentro del monedero, y le rogó que acudiera al instante.

Don Andrés, a quien la prolongada ausencia de su esposa iba inquietando por grados, recibió la comunicación, que convirtió su extrañeza en angustia. Asaltado por los peores presentimientos se dirigió a la Delegación.

El tiempo pasaba fugaz. En su casa Sir Horacio, frente al cuerpo inanimado, yerto ya, de doña Leonor sentía zozobrar su razón. Qué haría? Avisar a la policía? Esta solución significaba el escándalo la autopsia del cadáver, el nombre de Leonor arrastrado por los periódicos y arrojado como pasto a la malsana curiosidad del público. El escándalo que empollaría para siempre el nombre de la mujer amada y respetada...

Lo que precisaba, ante la muerte implacable, era salvar el honor de la muerta! Fue esta idea la que acabó por prevalecer en su cerebro atrocemente torturado. Salvar el honor de la muerta... De la mujer que había amado y respetado por encima de todo... Pero cómo conseguirlo?

Ocurriósele de pronto una idea atroz, extrema, como solo un cerebro delirante podía concebir y ejecutar.

Detrás del chalet se extendía un jardín solitario; la noche era oscura... En una fosa que abriría en la tierra enterraría piadosamente a la joven. Nadie sabría de este modo lo que había sido de doña Leonor, y él, casi retirado del mundo, podría acabar allí, al borde de aquella tumba anónima su triste vida truncada.

Por loca que fuera esta idea se arraigó de tal modo en su mente que sin buscar otra dirigióse a un cuartucho situado al extremo del jardín en donde sabía encontrar las herramientas necesarias para llevar a cabo su fúnebre trabajo. Las encontró en efecto y con ellas al hombre cruzó el jardín y detuvose al pie de un árbol. Enjugándose el sudor helado que corría por su frente hincó el pico en la tierra... Y sin descanso, loco, dio principio a su horrible tarea...

El Delegado ponía, entretanto, a don Andrés frente al detenido. El desdichado esposo, asaltado por una sospecha terrible, se dirigió a Antonio gritándole, fuera de sí: —La has matado miserable, para robarla... Dime...: donde está...? que has hecho de ella?— Antonio, horrorizado protestó con todas sus fuerzas de tal acusación. Confirmó su declaración anterior y juró que solo conocía a doña Leonor de haberla visto en su casa, a donde había ido para aliviartles de su miseria.

Arrastraronle a un calabozo y don Andrés, loco de dolor, regresó a su domicilio.

L. Gaumont

El trabajo de Sir Talbot tocaba a su fin: el lecho fúnebre socavado y regado por sus lágrimas era profundísimo.

Pronto despuntaría el día. Era preciso que todo quedara terminado antes de que el sol apareciera. Tiró al suelo sus herramientas y bamboleante, sintiendo que las fuerzas le abandonaban volvió al salóncillo en donde se hallaba tendido el cuerpo yerto, sin vida de doña Leonor...

No. Doña Leonor no se hallaba tendida en el suelo, a donde el sín-



cope habíala derribado. Había recobrado sus sentidos, poco a poco, reanimada por la frescura de la noche que penetraba por la puerta del jardín entreabierta.

La joven se levantó penosamente y miro en torno suyo tratando de penetrar las sombras que obscurecían aún su cerebro... Lentamente sus

L. Gaumont

ideas tomaron cuerpo... Se acordó de pronto porqué se hallaba en aquel lugar y trémula, desfallecida recorrió la estancia... En esto resonó detrás de ella un grito de estupor infinito.

Sir Talbot resistiéndose a creer lo que sus ojos, atónitos, veían, hallábase apoyado junto al cuadro de la puerta y contemplaba a la resucitada...

Bañadas sus sienes de sudor helado se acercó a ella. Mas la joven le rechazó, casi duramente. Solo exigía un poco de ayuda para ponerse el sombrero y el manto y para huir de allí, con las cartas, que habían estado a punto de costarle el ser enterrada viva...

Felizmente ignoraba la joven a que expediente había decidido recurrir Sir Horacio en su alocamiento y su desesperación para esconder a todos, no su falta, sino su imprudencia.

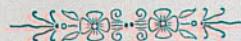
Apoyado en su brazo, pues se sentía aun muy débil, salió a la calle, y tomó un automóvil que le condujo tras de breve carrera a su domicilio.

Se paseaba don Andrés desesperado por el vestíbulo de su casa, sin saber que partido tomar, cuando se abrió la puerta y apareció su esposa. Loco de alegría se abalanzó a ella y le apretujó en sus brazos, mezclando con las suyas sus lágrimas de ternura.

La pobre madre pidió a su hija, y así que la tuvo en sus brazos besóla y acaricióla con una especie de frenesí furioso.

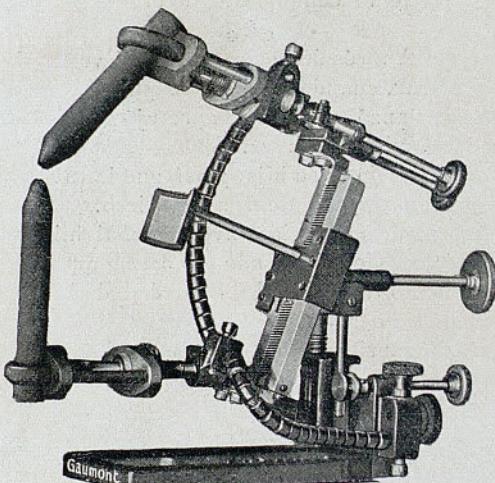
A las preguntas de su marido tuvo que mal hilvanar una historia. Un síncope la había acometido cuando se paseaba por el parque, por un sitio apartado y de poco tránsito... La humedad de la noche le había devuelto sus sentidos horas después...

Don Andrés no queriendo torturarle más tiempo con el relato de su triste mal, tapó su boca, cariñoso, evitándole la pena de terminarlo...

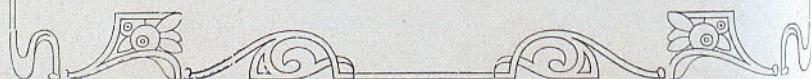




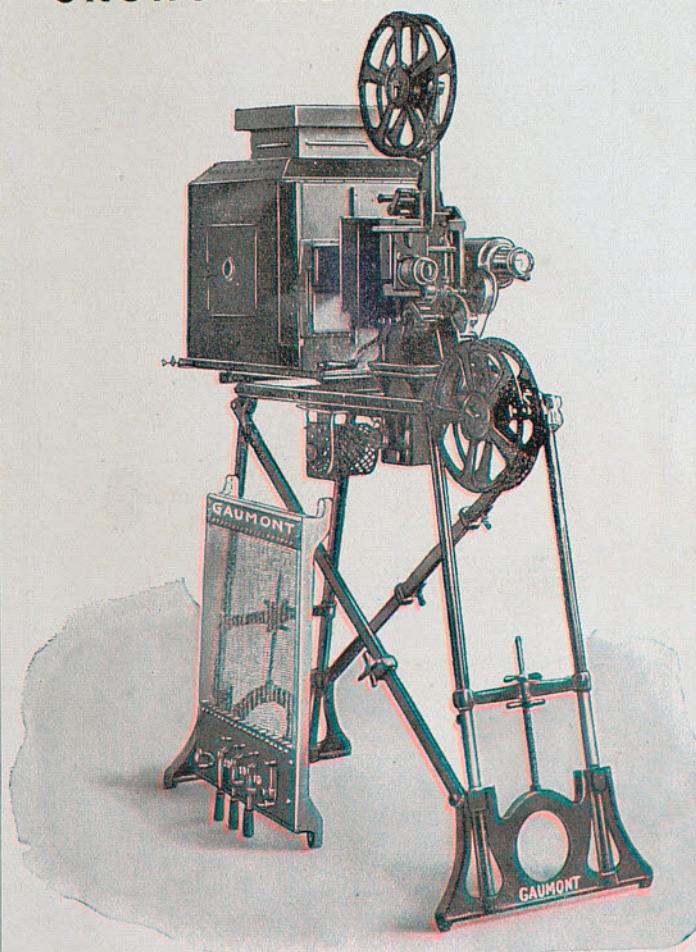
Para trabajar a 100 ampéres
con corriente alterna
pida el nuevo arco



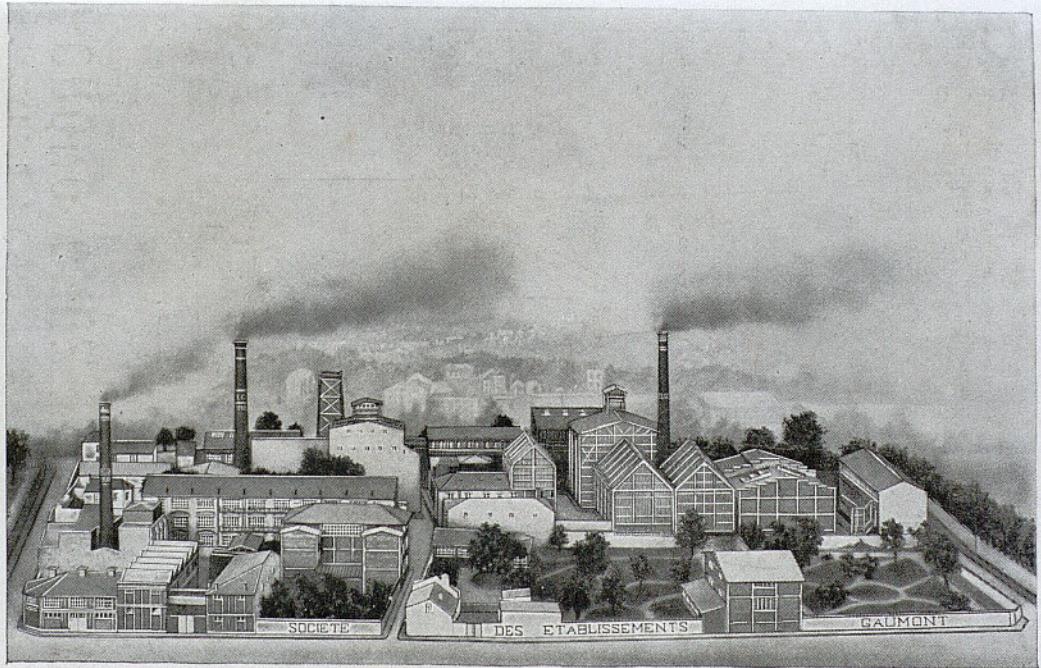
Gaumont



Modelo de una instalación cinematográfica
Gaumont enteramente metálica con
CRONO CRUZ DE MALTA



para proyecciones animadas y fijas



Vista de los talleres de la Sté. des Etablissements Gaumont de Paris